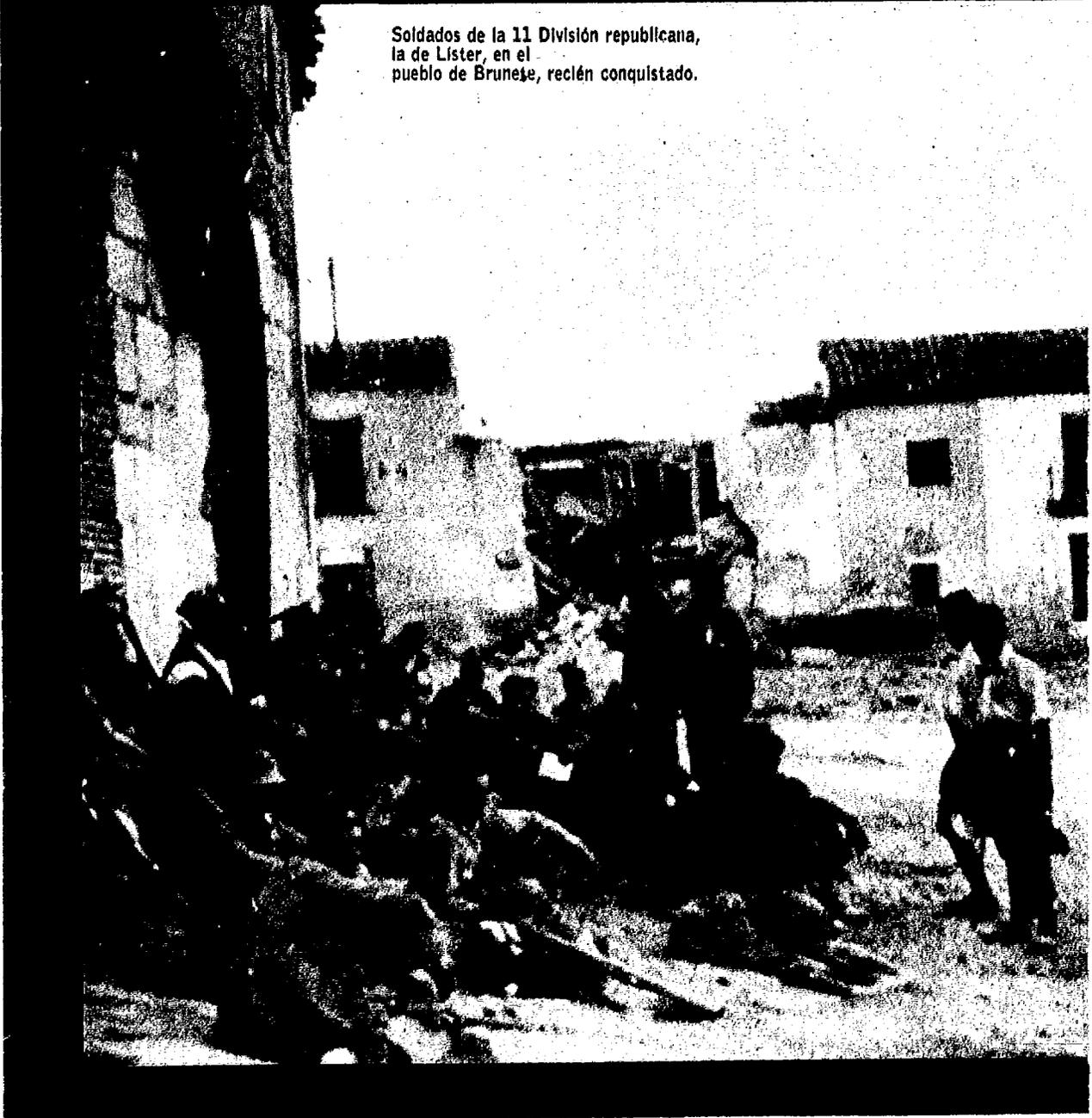


Soldados de la 11 División republicana, la de Lister, en el pueblo de Brunete, recién conquistado.



EL 18 de julio de 1936 Brunete era una borrosa localidad de la provincia de Madrid. Casi nadie había oído hablar de ella.

Sin embargo, estaba en el cruce de dos carreteras relativamente importantes: la que desde el Escorial baja hasta Navalcarnero, y la que desde San Martín de Valdeiglesias lleva a Alcorcón. El pueblo callaba, en su modestia, y la tierra que lo circundaba nada decía, salvo la mancha de un pequeño encinar al Norte. Un clima extremoso,

con inviernos duros y veranos tórridos y secos; un arenoso terreno apenas permitía un cultivo pobre de cereales, legumbres y viñedos.

Socialmente, Brunete contaba, aparte de un notario —¡palabras mayores!— con dos médicos, un farmacéutico y tres maestros. El censo mercantil registraba, entre otros comercios, tres carnicerías; la holganza y el recreo, tres salones de baile, dos bares y una taberna; y la política y la vida de relación, tres

sociedades, una de ellas con el carácter de Centro Obrero. Dos autobuses diarios, uno a Madrid y otro a San Martín de Valdeiglesias, ponían en contacto al pueblo con el mundo circundante.

Pese al autobús, pocas gentes en Madrid habían oído hablar de Brunete. Fue la guerra —la misma que en estos años nos ha dado noticias de países que los más ignoraban— la que popularizó aquella localidad, no ya en



Las grandes batallas de la guerra española

EL INFIERNO DE BRUNETE

Por
José Manuel Martínez Bande

Ansioso de obtener un triunfo que paliara la caída de Vizcaya y diera un respiro a las fuerzas republicanas del Norte, el nuevo Gobierno de la República, presidido por Negrín y con Prieto al frente del Ministro de Defensa, preparó una ofensiva destinada a romper el semicírculo de Madrid y envolver a las fuerzas nacionales que presionaban la capital. El plan era ambicioso y para ejecutarlo se utilizaron las mejores tropas de que disponía el recién creado Ejército Popular. Y así, el 6 de julio de 1937 el mando republicano adelantó sigilosamente sus peones y ocupó Brunete, importante nudo de carreteras y primer objetivo de la ofensiva. Alertado el I Cuerpo de Ejército nacional, pronto fueron reforzadas las débiles guarniciones que se oponían a la penetración enemiga. Así se inició un combate que terminó a finales de julio con la reconquista de Brunete por los nacionales, una de las batallas más duras y sangrientas de la guerra civil, librada bajo un sol abrasador.

España, sino en todo el mundo civilizado y culto.

Brunete y la guerra

Brunete «sonará» en ese mundo por primera vez el 30 de noviembre de 1936, en que el parte nacional de guerra lo da por ocupado. Pero en el gran censo de localidades ganadas que registran los partes de esos días —Villaviciosa de Odón, Móstoles, Pinto, Valdemoro,

Fuenlabrada— Brunete es un simple nombre más. ¿Qué importa todo esto si al fondo está Madrid, ya casi al alcance de la mano?

No vuelve a «sonar» Brunete durante mucho tiempo. Y, sin embargo, hubo motivos para ello. Cuando en enero de 1937 se corta la carretera de La Coruña desde Las Rozas a El Plantío, Pozas y Míjola proyectan una reacción en la que, bajando por el valle del Guadarrama, se recuperaría Brunete. Mas la ope-

ración tiene escaso éxito y el pueblo «queda» donde estaba.

Proyectos ambiciosos

Pero su situación topográfica lo condenaría irremisiblemente a ser teatro de sangrientas luchas. Es un pueblo predestinado, y así casi todos los estudios de operaciones que se hagan a lo largo de esta primera mitad del año 1937 tendrán estampado el nombre de Brunete.

El 22 de marzo el general Miaja, que se encuentra al frente del Ejército del Centro, y su jefe de Estado Mayor, teniente coronel Vicente Rojo, redactan unas directivas reservadas, en las que se señala como línea de penetración destinada a romper el medio cerco que sufre Madrid la que pasa por las localidades de Valdemorillo, Villanueva de la Cañada, Brunete y Villavieja de Odón.

El 27 de marzo se perfilará este plan, combinándose la dirección de ataque señalada con otra complementaria sobre el saliente de La Marañosa y una tercera, más ambiciosa aún, sobre Valsain y La Granja.

El 22 de abril, el jefe del Estado Mayor, coronel Alvarez Coque, propone al ministro de la Guerra, Francisco Largo Caballero, nada menos que tres operaciones: una de ellas tratará de alcanzar el nudo de comunicaciones de Mérida; otra, ocupar la zona de Oropesa; la tercera ya conocida, tiene a Brunete como uno de sus objetivos básicos.

Brunete: objetivo político

Pero Brunete está destinado a ser no sólo objetivo militar, sino también político, porque a su alrededor se va a montar toda una maniobra por la conquista del Poder.

Descartada la acción sobre Oropesa, y como no es posible ser fuerte en dos puntos tan alejados como Mérida y el valle del Guadarrama, hay que pronunciarse por una de las dos operaciones. E inmediatamente surge la discrepancia, polarizándose alrededor de cada uno sendas ambiciones políticas.

Al lector ingenuo quizá le extrañe esto. ¿Qué tiene que ver, pensará, la acción de un plan militar con la política? Y, sin embargo, sobre tal elección se resolvió una pugna latente entre el Gobierno Central y Miaja, como sucesor de la Junta de Defensa de Madrid, y en realidad, entre Largo Caballero y el comunismo español y ruso.

Miaja, apoyado principalmente por los generales de las fuerzas soviéticas Gregori Mijallovich Stern («Gregorovich»), Grigor Kulik («Kupper») y Jacob G. Schmutchkievich («Douglas»), ofreció desde el primer momento una resistencia pasiva a la operación sobre Mérida. Por su parte el Buró Político del Partido Comunista español le apo-

yaba o se apoyaba en él, manejándole; porque las raíces del comunismo en Madrid eran, entonces, muy hondas y robustas.

Largo Caballero era lo suficientemente terco como para seguir adelante con su idea de romper en dos la zona nacional; y también —todo hay que decirlo— como español, lo suficientemente independiente. Señalado en principio el 7 de mayo como día D, hubo de retrasarse la fecha hasta el 21. «Douglas» (Schmutchkievich), se negó a conceder más de diez aviones —cantidad risible— y todo eran dilaciones y pretextos. Y el 15 de mayo estalló en Barcelona la crisis política, cuando el presidente y ministro de la Guerra se disponían a viajar camino de Extremadura.

El nuevo jefe del Gobierno, Negrín, y el ministro de Defensa, Prieto, «desahucieron» la «operación Extremadura», como algo personal ligado a la figura del jefe político destituido, y quedó en primer plano la preferida por el comunismo. «Brunete» había triunfado.

La necesidad de un éxito estratégico

La que iba a ser batalla de Brunete fue fruto de la necesidad.

Estamos a primeros de julio. La República había perdido Vizcaya y se vislumbraba como segura la pérdida inmediata de Santander. Luego vendría la de Asturias, y con ello se perdería el Norte, el «segundo frente», siempre tan temido en las guerras. Había que evitar ese momento, en combinación con la llegada del Invierno. Era necesario también levantar la moral de la retaguardia, muy deprimida tras la derrota vizcaína. Y era igualmente preciso robustecer la posición del nuevo Gobierno Negrín-Prieto, contra el que ya afilaba sus armas el alejado Largo Caballero.

Sí: existía una verdadera necesidad de lograr un éxito en los campos de batalla; y un éxito grande, de carácter estratégico, capaz de ofrecer no ya este o aquel pequeño objetivo, sino un cambio radical en el curso de la guerra.

¿Era esto posible?

El Ejército Popular...

En Brunete va a sufrir examen la gran esperanza de la revolución. Esta esperanza se venía

cifrando en la consecución de una fuerza armada popular, distinta del viejo Ejército, pero dotada de sus virtudes propias: disciplina, espíritu de sacrificio, jerarquía, instrucción... Algo totalmente diferente a las milicias de primera hora.

La idea del Ejército Popular se plasma, en rigor, al terminar el primer verano de la guerra, pero su gestación es lenta. Faltan mandos profesionales competentes, faltan Estados Mayores, falta solera. Todo, o casi todo, se ha venido al suelo y hay que empezar de nuevo la casa por los cimientos.

Este edificio es una ocasión más —y la mejor— que se le ofrece al comunismo para imponerse en España. Desde el primer momento el Partido, bien asesorado por gentes de fuera, proclama la necesidad del orden frente al caos, de la disciplina frente al libertinaje, de la victoria en los campos de batalla antes que la revolución en la retaguardia. A él se debe la mejor milicia — al 5.º Regimiento — y de sus filas salen los jefes populares más destacados. Como los hechos le irán dando la razón, estará en situación magnífica para hacer triunfar sus puntos de vista políticos.

...y el Ejército de Maniobra

De todo el Ejército Popular del Centro, el V Cuerpo de Ejército se llama «de Maniobra». Es el niño mimado de la gran esperanza, al que mejor se trata, al que se le dan las mejores y más abundantes armas. A él también se le exigirán los máximos sacrificios.

Su jefe es Juan Modesto Guilloto; al frente del Estado Mayor se encuentra el teniente coronel don Manuel Estrada; Luis Delage es el comisario general. Todos son comunistas bien probados.

El Cuerpo tiene tres Divisiones: 11, 46 y 35 mandadas, respectivamente, por Lister, «El Campesino» y el llamado «general Walter», Karel Swierczewski, este último procedente de las fuerzas armadas soviéticas. Huelga hablar de la significación política de todos.

Pero como este Cuerpo de Ejército no es suficiente para llevar a cabo, por sí solo, la ambiciosa operación proyectada, se forma otro, un poco precipitadamente: el XVIII, bajo el mando del teniente coronel Jurado. Los jefes de sus tres Divisiones

—10, 34 y 15— son comunistas: los tenientes coroneles Enciso y Galán (José María) y otro destacado militar de la U.R.S.S., el llamado en España «general Gal» (Janos Galicz); así como el comisario del Cuerpo, Zapirain.

Para la penetración hacia Brunete se constituye una Reserva, con la División 45, del ruso «general Kleber» (Lazar Stern), y la 39, del español Durán. Su pensamiento político no es extraño a los otros mandos de que hemos hablado. Hay, además en esa Reserva, varias Brigadas sueltas, carros y artillería, aparte de la aviación. Todo ello sin contar con un tercer Cuerpo de Ejército, el II bis o «de Vallecas», que ha de operar partiendo de este barrio madrileño, marchando al encuentro de los otros.

No es cosa de abrumar al lector con datos excesivos sobre el total de efectivos republicanos que iban a operar. Demos estos, globales: 10 Divisiones con 28 Brigadas, 100 carros, 30 blindados, 164 piezas de artillería, un regimiento y un grupo

de Caballería, dos batallones de Ingenieros, equipos de destrucción. Cuerpo de Tren, Intendencia y Sanidad. Entre 80 y 90.000 hombres: la más formidable máquina militar levantada hasta entonces en la España moderna. Una masa de significación política perfectamente definida.

El mando de los Cuerpos de Ejército V y XVIII —el llamado Ejército de Maniobra— se daba a Miaja, que tendría al teniente coronel Matallana como jefe de Estado Mayor, y un poco «más allá», al general ruso Stern. Pero el verdadero y gran artífice de la operación era Vicente Rojo, brazo derecho del ministro de Defensa, Indalecio Prieto, en teoría jefe supremo. Al lado de Rojo no faltó el que un día sería ministro de Defensa de la U.R.S.S., Rodión Malinovski («Malinó»).

Unas posiciones muy débiles

Brunete es la cabecera del subsector de su nombre, cuyo jefe es el teniente coronel don

Abelardo Mancebo. Este subsector, definido por los ríos Guadarrama y Perales, pertenece a la 71 División (general Serrador), integrada en el VII Cuerpo de Ejército (general Varela).

La situación de aquel pedazo de frente inquieta a todos. No tiene líneas naturales defensivas, mirando al enemigo, y está dominado en buena parte por las alturas de Valdemorillo. Pero, además, las posiciones propias son escasas y muy distantes unas de las otras. Se habla incluso, de gentes que pasan de uno a otro campo, sin que pueda nadie impedirselo: basta con que conozcan perfectamente el terreno para llevar a cabo estas idas y venidas.

En Brunete no hay prácticamente «nadie», esto es, tropas combatientes; pues no pueden considerarse tales varias planas mayores, entre ellas la del subsector, la oficina de alguna unidad y, menos aún, un puesto de socorro.

En total se cuenta, en los pueblos próximos de Quijorna, Villanueva de la Cañada, Villanueva del Castillo y Villanueva

Valentín González, «el Campesino», arengando a sus hombres. La División 46, que mandaba el entonces jefe comunista, fue una de las que participaron en la batalla de Brunete



El nuevo jefe del Gobierno, Negrín, y el ministro de Defensa, Prieto, desahuciaron la «Operación Extremadura» propuesta por Largo Caballero y se decidieron por la que propugnaban los comunistas: Brunete

del Pardillo, el monte de Los Llanos y el castillo de Villafranca, con cinco unidades tipo batallón, dos compañías sueltas, dos baterías y algunas piezas «antitanque»; efectivos con los que hay que cubrir más de 20 kilómetros, donde toda sorpresa es posible.

La 11 División del Ejército Popular

Esta situación es de sobra conocida en Madrid. Por eso, cuando se elabora el plan destinado a yugular el frente enemigo montado en torno a la capital, a base de dos penetraciones, que han de seguir la dirección general Valdemorillo-Brunete-Alcorcón y la de Usera-Carabanchel, se piensa, ante todo, en sacar provecho de la situación especial del subsector de Brunete. Una infiltración nocturna, que provoque el derrumbamiento de las posiciones contrarias locales, puede ser la clave del arco.

Para ello se piensa inmediatamente en la División 11, la de Líster. Es una Gran Unidad que ofrece las mayores garantías, mandada por un jefe improvisado, no profesional, pero que cuenta con la más deslumbrante aureola popular, montada por verdaderos artífices en el arte de la propaganda.

La División tiene tres Brigadas: la I, la IX y la C. Esta última de reciente formación; las otras dos, de gran veteranía. Con las reservas necesarias, creemos que, tanto la I como la IX, debían ser excelentes. La C se acababa de organizar en Alcoy, con 3.000 reclutas, campesinos de Jaén, Murcia y Córdoba, actuando como solera y «madre» 500 veteranos del primer batallón de la I Brigada, que ascendieron rápidamente desde cabos a comandantes.

La 11 División aparecía como la más típica pieza de todas las del Ejército Popular, hijo de la revolución española. Así eran revolucionarios y caudillos semimprovisados los mandos en todos sus escalones y, natural-



mente, los comisarios. Los nombres de los jefes de Brigadas nunca figuraron en el escalafón militar. El de la I se llamaba Alberto Sánchez; el de la IX, Gonzalo Pardo; el de la C, Luis Rivas. Todos procedían del 5.º Regimiento, así como el comisario de la División, Santiago Alvarez, hoy, con Líster, figura destacadísima del Partido Comunista en el exilio.

Uno de los timbres de orgullo de la División era su Batallón Especial. De él diría el propio Líster: «Al comenzar a estabilizarse el Frente de Madrid, en los días de noviembre, decidí crear una Compañía Especial con combatientes escogidos entre los más experimentados y que hubiesen dado prue-

ba de mayor firmeza. La misión de los hombres de esta Compañía sería la de introducirse en la retaguardia enemiga del frente para recoger informaciones, dar golpes de mano, etcétera... En los meses de diciembre, enero y febrero la Compañía cumplió toda una serie de misiones y al crearse la 11 División, la Compañía se transformó en Batallón Especial, de 500 hombres». Según el jefe de la 11 División, el Batallón «tenía la capacidad de fuego de una División». Los efectivos de la 11 División sobrepasaba los 10.000 hombres.

Todo era optimismo en los días que precedieron a la batalla de Brunete. Se pensaba, incluso, celebrar un consejo de ministros en Madrid, en cuanto

En la página contigua, la martirizada torre de la Iglesia de Brunete.

Junto a estas líneas, tristes imágenes de un pueblo predestinado a la destrucción por su estratégica situación topográfica, en el cruce de dos importantes carreteras del entorno de Madrid.

se tomara Majadahonda, según afirma Azaña en sus *Memorias*. Canto del Pico, la vieja y señorial finca donde un día muriera don Antonio Maura, iba a ser el gran puesto de mando político-militar de la operación. Allí irían Negrín, Prieto, Miaja, Rojo, el ruso Stern, en espectacular y triunfalista asamblea.

«El espíritu de estas fuerzas parece admirable»

Por aquellos días se trasladaron a Madrid los asistentes al II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, que se celebraba en Valencia. Iban a presenciar, y luego a contar, el gran éxito del Ejército Popular. Allí estaban Koltsov, Malraux, Dos Passos, Regler, Hemingway... flor y nata de la intelectualidad izquierdista del momento.

Prieto escribió en unas notas personales de información estas palabras. «Acabo de llegar del campo, donde he revistado algunas fuerzas que van a tomar parte en las operaciones. El espíritu de ellas parece admirable; desde luego dan la gran sensación de unidad, disciplina y entusiasmo. He dirigido la palabra a una de las Brigadas y cuando he terminado mi breve discurso los soldados contestaron con vítores y aclamaciones.» Por su parte, Vicente Rojo, el gran artífice del planteamiento de la operación, escribió: «Un entusiasmo nuevo llenaba el ambiente; aquellos hombres se sentían orgullosos de lanzarse a una empresa ofensiva de importancia, y ciertamente lo hacían con una disciplina y un orden perfectos».

Parecen, pues, estar todos satisfechos, pero el propio ministro de Defensa abrigaba sus dudas. Azaña habla de ellas, en las que participaba además, al decir, con Prieto: «Si con todos los elementos que se han acumulado para la operación, ésta fracasa, si no se logra un buen éxito, éste ya no podrá obtenerse en parte alguna». Entonces,





habría llegado el caso de emprender una política distinta, con vistas a una paz concertada. «Lo difícil —anota Azaña— lo imposible, es decirle a la gente desde el Gobierno que la guerra se va a perder.»

Pero la suerte estaba echada.

Dentro de la urgencia que demandaba la ayuda al Norte, la proyectada infiltración sobre Brunete fue preparada con meticulosidad, al menos en lo tocante a la División de Lister. En efecto, los hombres del Batallón Especial, en combinación con gentes del país, pasaron y repasaron de noche las líneas enemigas adquiriendo preciosos informes que permitieron que, el día 5 de julio, los jefes y oficiales de cada unidad conocieran exactamente el itinerario que se debía seguir.

Aquel día la División vivaqueaba por los montes del Valdemorillo. Debía de hacer el fuerte calor del lugar y del tiempo y por eso cuando a las doce de la noche las gentes de Lister emprendieron su caminata, tras la de «El Campesino», es seguro que les pesaba el equipo.

Descendieron de los bosquillos, bajaron a la cañada de los Montes del Duque y luego siguieron a la izquierda por el camino de la Hoya Espesa, cruzando la carretera de Quiljorna a Villanueva de la Cañada, iba

en cabeza la IX Brigada, de Pando, seguida de la C y cerrando la marcha la veterana I.

Al hablar de esta sigilosa marcha en la noche, de varios miles de soldados, creemos inútil todo énfasis declamatorio. Optimismo general de aquéllos. Habían sido bien aleccionados por los comisarios y habían oído, quizá, la arenga de Prieto; nada sabían, en cambio, de los temores de éste y de su amigo, el Presidente de la República.

Caminata silenciosa, en espera de un triunfo que luego no llegaría y que costaría la vida a un 60 por ciento de aquellos hombres. Muchos de ellos ya no volverían a repasar el camino de la Hoya Espesa y la cañada de los Montes del Duque. Sí, toda evocación literaria de esa marcha hacia el triunfo o hacia la muerte es vulgar; como vulgar resultan las concesiones a lo fácil.

Cuando aquella larga serpiente humana llegó a 500 metros de Brunete, la IX Brigada lo rebasó por la izquierda (Este), la C por la derecha (Oeste), en tanto que la I quedaba a 300 metros del pueblo. Eran las seis de la mañana y hasta entonces el silencio no había sido roto por nadie. Seguidamente, dos batallones de la Brigada C se revolieron sobre el pueblo, embistiéndolo desde el Sur, esto es, desde su

propia retaguardia. Lister dice textualmente: «A las 6 de la mañana, dos batallones de la Brigada C atacaban Brunete de revés, mientras la IX Brigada seguía avanzando hacia el paso sobre el río Guadarrama y los otros dos batallones de la C continuaban hacia Sevilla la Nueva y Navalcarnero».

Brunete, ocupado

La lucha era desigual, pero, a pesar de todo, hubo quien resistió en Brunete. Se ha dicho, insistentemente, por unos y otros, de este bando o de aquél, que el pueblo fue ganado inmediatamente, pero el parte dado por el jefe del V Cuerpo no ofrece demasiadas dudas: según él, Brunete quedó ocupado «hacia las once horas treinta minutos». Cinco horas y pico de pausa, de rodear tal o cual edificio, quizá la Iglesia, donde algunos hombres se dispusieron a morir, nos dan la pista de esos héroes desconocidos, de los que nadie sabe nada, de los que quizá no se conozca nunca su nombre; pero que ahí están.

El énfasis de Lister al hablar de los frutos de la captura es prácticamente ilusorio: ¡decenas de muertos, 250 prisioneros, tres piezas «antitanque», 8 ametralladoras, 400 fusiles, 12 fusiles ametralladores...! Más la comu-

En la página anterior, combatientes de Brunete a la hora del rancho. Bajo estas líneas, Líster con su Estado Mayor. A la izquierda, con boina, el ruso Rodimsey («capitán Pablito»)



nicación entre el comandante Viñals y el teniente coronel Pérez Gazzola, ambos del Estado Mayor de Madrid, comunicación que hemos podido ver, se alza demasiado tajante: 60 prisioneros y nada más. Y entre ellos, dos mujeres jóvenes, las señoritas Luisa y Carmen Larios, del puesto sanitario local, que, tras recibir un trato considerado, serían luego canjeadas.

El 6 de junio, día clave de la batalla de Brunete

Líster ha recibido una orden clarísima: en cuanto esté rodeado Brunete, y sin esperar su ocupación, deberán sus fuerzas seguir adelante por la carretera de Villaviciosa, para formar una cabeza de puente sobre el río Guadarrama. La consecución de este objetivo, que hubiera creado una situación difícilísima en el campo nacional, era cuestión, puede decirse, de vida o muerte. ¿Por qué no se consiguió? Aquí está la clave de toda la batalla.

Al estudiarla nos encontramos con una serie de hechos materiales y de traumas psicológicos, todos los cuales, reunidos, van a decidir, a la larga, la lucha.

El primer hecho material es éste: tras el envolvimiento de Brunete a las seis de la mañana,

se produce una inverosímil detención de las Brigadas de la División 11. Puede decirse, sin literatura, que los hombres de Líster son víctimas del «demonio malo» de los soldados hijos de una revolución: el afán de requisa. Pues no hay que pensar, en modo alguno, que la causa de esa detención de más de cinco horas dentro del pueblo pudo ser la decisión de unos pocos soldados nacionales de resistir, según nuestra interpretación del parte oficial del V Cuerpo.

El episodio no es nuevo y ya antes había esterilizado tal o cual éxito propio, local y momentáneo. (El caso más típico tuvo lugar con motivo del desembarco en Porto Cristo, en Mallorca, donde las fuerzas de Bayo se detuvieron más de cuatro horas, en una acción de saqueo del pueblo, que dio tiempo a formar un cordón defensivo por parte de los servicios elementales de vigilancia del enemigo, alrededor de la diminuta cabeza de puente mallorquina.)

Otro hecho material importante: rodeado Brunete, surgen al Norte y al Noroeste unas guarniciones que no se rinden, ni se abaten ante el fuego de las armas o ante el choque de los carros e infantes. Quijorna, el vértice; Los Llanos, Villanueva de la Cañada se mantienen firmes; y, según las apariencias,

dispuestos a no bajar la guardia a cualquier precio.

El primer trauma psicológico está originado —aunque parezca mentiral— por el mismo hecho del triunfo conseguido. Sí: se han avanzado en una noche diez kilómetros, se ha ocupado un pueblo, se ha roto la línea enemiga; ante la División 11 queda el campo abierto, el ancho mundo. Y, sin embargo, ese vacío, que a otros hubiera inducido a lanzarse valientemente por él, aquí produce temor. Atrás han quedado, además, aquellas resistencias inesperadas, como unos obstáculos con los que nunca se contó. Y hay, finalmente, una confusión evidente: las unidades se han mezclado, los jefes no saben bien a quiénes tienen en la mano. Aún no se ha ocupado Villanueva de la Cañada y la única vía logística está cortada: sólo los senderos son caminos.

Queda por narrar otro hecho, el más importante quizá para el resultado final de la jornada. Pero para hablar de él debemos trasladarnos *in mente* al frente madrileño nacional, es decir a los pueblos, caseríos, planas mayores y cuarteles generales esparcidos por el ancho campo extendido al Sur y Suroeste de Madrid.

En ese pequeño mundo, la noticia de lo ocurrido en Brunete



ña unidad novata— recibe, hacia las once horas, la primera embestida de las fuerzas de Líster; carros e Infantes. Estos no se atreven a llegar al choque; aquéllos sí, pero son rechazados con bombas de mano y botellas de gasolina.

Tal momento es crucial. Por este costado de Brunete, el frente se fijará sobre la cota 663, que el enemigo no podrá en adelante rebasar, pese a sus continuos y desesperados esfuerzos. Fracasado el primero, de que se acaba de hablar, fracasarán con mayor razón los sucesivos de ese día 6, ya que a las tres de la tarde se establecerá, a la izquierda del batallón, el I Tabor de Regularas de Melilla, que quedará también a las órdenes de Alvarez Entrena.

A la misma hora, aproximadamente, en que el batallón de La Victoria taponó la herida de Brunete por la carretera de Villaviciosa, la I Bandera de la Legión (comandante Cebría), partiendo de Chapinería, se situará a unos dos kilómetros del mismo pueblo, sobre unas posiciones inyeñosísimas que barren la carretera de San Martín de Valdeiglesias. Tampoco por aquí la 11 División podrá dar un paso más.

El tiempo correrá, pues, en contra de Líster, cuyas fuerzas, muy numerosas, no sólo son contenidas inicialmente por una bandera y un batallón, según acabamos de ver, sino que fallan, además, en sus intentos de avanzar según otras direcciones, paralizadas ante el casi vacío de

unos destacamentos nacionales elementalísimos.

Se tiene, en efecto, noticias de que carros e Infantes marcharon en dirección a Boadilla del Monte, llegando hasta unas alturas que lo dominan, pero volviendo grupas frente a la apenas defensa montada por mínimos servicios; y que por la carretera de Sevilla la Nueva continuó parte de la Brigada C, siendo detenida ante el pueblo por simples patrullas de vigilancia. Luego, esta última carretera sería bloqueada, hacia las ocho de la noche, por los Tabores V y VI de Melilla, mandados por el teniente coronel Fernández Cuevas y venidos desde muy lejos —tierras de La Sagra— precipitadamente; por lo que bien puede decirse que Navalcarnero —localidad militarmente muy importante en el frente de Madrid— estuvo todo un día indefensa.

Día perdido para Líster, en definitiva. Pero, ¿fue Líster el único y verdadero culpable de esta morosidad? Sólo muy relativamente, pues si él careció de audacia, en las alturas no la tenían mayor. Así, a las once de la mañana el general Miaja ordenaba al jefe del V Cuerpo que se limitase a asegurar la posición de Brunete, en tanto no cayesen Quijorna y Villanueva de la Cañada; consignas que se repetían por la tarde, con orden expresa de fortificarse en las posiciones conquistadas. Precaución absurda, que delataba infundadas aprensiones, temor gran-

de ante un desconocido enemigo, al que se sobrevaloraba.

Brunete, batido por la artillería

Brunete quedó inmediatamente sin población civil. Ya hemos visto cómo algunos paisanos consiguieron huir a Villaviciosa; quizás otros alcanzaron Sevilla la Nueva; el resto, con afinidad ideológica muy varia, fue llevado a Madrid.

El pueblo comenzó a tomar un aire nuevo, una fisonomía distinta. La guerra, que hasta el 6 de julio apenas si había resonado allí, pasó a ser ahora el primero y casi exclusivo actor de esta localidad, borrosa, pero que ya no podría olvidarse fácilmente.

El fuego caerá sobre ella pronto; primero desde tierra; luego, desde el aire. El 7 ya hay varias baterías nacionales baténdolo con sus proyectiles. La Iglesia, las casas comienzan a ser morridas. Hora tras hora la vida se hará más difícil; muy pronto, imposible.

El día 6 la aviación que protege al Ejército republicano de Maniobra es dueña del aire; pero su superioridad abrumadora durará muy poco tiempo, exactamente tres días. Según Juan Modesto, jefe del V Cuerpo, conforme sabemos, ya el día 7 bombardean los aviones nacionales por dos veces Brunete. El 8 siguen los bombardeos, y por la noche se castiga el bosquecillo



Recuperada Brunete por los nacionales —en la foto, un grupo de soldados cavando trincheras—, el frente se estabilizará en torno al pueblo, que acabará siendo destruido

próximo, donde tenía que haber fuerzas, dado que era el único lugar de los alrededores oculto a las vistas. Y en adelante, los bombardeos diurnos y nocturnos no se interrumpirán.

El infierno de Brunete: sed, sudor y polvo

Si hemos de hacer caso de lo que se dice de una guerra por quienes no son actores de ella o no están directamente conectados con los que luchan, acabaremos teniendo de la misma una visión totalmente errónea. He aquí, por ejemplo, lo que Azaña, en sus *Memorias*, escribe el 15 de julio con respecto a esta batalla: «Tanto Negrín como Prieto están contentos con los resultados obtenidos»; luego, añade eufóricamente: «No hemos tenido excesivas bajas».

Otra cosa pensarán quienes han quedado en Brunete, detenidos, trocado su papel de ofensores en el de defensores de la localidad y unos palmos de terreno alrededor. ¿Qué pueden hacer? Embestir, contraatacar sin descanso; y es lo que hacen.

Los empujones más fuertes de la lucha, y los hombres de uno y otro bando irán cayendo. La División 13, nacional (general Barrón), que es la que contiene al enemigo alrededor de Brunete, sufrirá más de 1.700 bajas. Frente a frente, la 11 División republicana perderá el 60 por ciento de sus efectivos.

El 20, Líster pide el relevo de

su diezmada unidad y como no recibe una contestación satisfactoria acude al puesto de mando general, a la finca Canto del Pico, término de Torrelodones. Llega a las tres de la tarde. Le recibe Rojo, que le hace pasar al comedor, donde se encuentran Prieto y Miaja, «delante de una botella de champagne». Líster habló del 50 por ciento de las bajas ya sufridas, de «varios casos de combatientes que se han vuelto locos», de que todos necesitan dormir «sin sentir sobre sus cabezas, noche y día, el ruido de los disparos de los cañones y de los motores y las bombas de aviación». Prieto le responde: «Bueno, como esta es una cuestión de militares, yo me voy a echar una siestecita». Miaja le aconseja a Líster que vaya a ver a Rojo, el cual acaba prometiéndole el anhelado relevo por la División 14 del anarquista Cipriano Mera.

El pueblo es una hoguera donde se arroja sin cesar material combustible. Al fuego de las armas se une el fuego del sol de julio de la meseta. La sed es implacable; insufrible la tensión moral. Arden los rastros, el escaso arbolado. La desolación se ha instalado allí.

Y los hombres flaquearán. Varias órdenes draconianas lo atestiguan. Como la del 25, de Modesto, en la que se dice: «Dispuesta por mí la instalación de puestos de ametralladoras en la zona de retaguardia de las posiciones de primera línea, tienen aquéllos órdenes de hacer fuego

contra todo individuo o grupo que, bajo cualquier pretexto, trate de abandonar las posiciones».

Órdenes parecidas se prodigan por doquier. Así, el jefe de la 134 División, que opera al Este de Brunete, dirá en un informe al del XVIII Cuerpo de Ejército: «El mando de la División dio una orden escrita en la que se ordenaba el castigo inflexible e inmediato de todo oficial que tuviera un momento de defeción». Algunas unidades se niegan a combatir; otras desertan o, simplemente, no se mueven de donde están, pese a todo género de conminaciones. La XIII Brigada Internacional se subleva y se dirige a Madrid; en el camino es desarmada por guardias de Asalto, luego disuelta y al fin reorganizada. No será la única.

De la 11 División no hay noticias concretas de insubordinaciones o desbandadas. Es seguro que dentro de lo posible debió conservar su cohesión moral, gracias a la actuación de su jefe, mandos subordinados y comisarios.

La contraofensiva general

Aceptado el reto, el general Franco lleva primero a la «bolsa» de Brunete algunos aviones y dos Divisiones, aún en período de organización, la 105 y la 108, a la vez que las reservas inmediatas mínimas que ha podido sacar de todos los sectores del teatro de operaciones del Cen-



En el interior de su puesto de mando, el general Asensio fuma un pitillo al abrigo del sol

tro; luego, la Aviación en masa, dos Brigadas de Navarra (en rigor dos Divisiones), la IV y la V, y buena cantidad de Artillería.

El primer contraataque general, con la vista puesta en el estrangulamiento de la bolsa y quizá la liquidación de todo el sector de El Escorial, se inicia el 18 de julio. Cinco Divisiones operan: la 13, del general Barrón, por el centro; la llamada División Provisional, Asensio, y la V Brigada de Navarra (coronel Sánchez González) por la derecha; la División 150 de Sáenz de Buruaga, y la IV Brigada de Navarra (coronel Alonso Vega) por la izquierda. Pero los resultados son mínimos ante la durísima resistencia de los hombres de la 11 División.

El 24 se limita el alcance de la maniobra, que sólo pretenderá ya destruir al enemigo y recuperar el pueblo que se ha convertido en símbolo y bandera. De ello se encargará la División Barrón, organizada a base de dos Brigadas, cada una con dos Regimientos de tres batallones. De izquierda a derecha despliegan la Brigada del teniente coronel Coco, con los Regimientos Regalado y Molero, y la del coronel Rodrigo, con los Regimientos Alvarez Entrena y Santamaría.

La reconquista: un pueblo en ruinas y su cementerio

El 24 es un día interminable. Lister está pendiente del relevo

prometido y las Brigadas de Cipriano Mera se encuentran ya en su inmediata retaguardia, preparadas y alertadas. Es hora ya de dejar el Infierno aquel, tras dieciocho jornadas de sangre y fuego: de momento se cuenta con el refuerzo de cuatro batallones de la 35 División, que manda el soviético «general Walter».

La mañana se alza tan calurosa como las demás y «empleza» pronto, pues a las seis horas abre su fuego la artillería; a las seis horas cuarenta y cinco minutos, comienza el bombardeo de la aviación; y a las siete, el movimiento de los infantes.

Por la derecha de los Regimientos Alvarez Entrena y Santamaría se lanzan impetuosamente al asalto de las posiciones enemigas, desalojando las primeras trincheras a bayoneta calada. A las nueve horas cuarenta y cinco minutos han ganado las lomas que dominan de flanco la carretera de Brunete a Villanueva de la Cañada; dos horas después, y tras rechazar un duro contraataque, los hombres de Alvarez Entrena atraviesan la carretera general de Brunete a Boadilla, rebasándola 500 metros a vanguardia.

Brunete ha quedado, pues, en la más incómoda situación para las fuerzas de Lister, que, sin embargo, se resisten a abandonarlo. Pero es en vano; en un impetuoso avance, el Regimiento Molero consigue, a las once horas cuarenta y cinco minutos, ocupar el destrozado lugar. Algun

nas partidas enemigas que intentan hacerse fuertes en casas aisladas son abatidas.

Más al Norte del pueblo, y a una distancia de 500 metros, queda el cementerio, sobre una loma ligeramente destacada, apenas visible de cerca, pero que es suficiente para que se instale allí parte de la División 35, mezclada con los restos de la 11 División y de la 14 de Mera.

La noche del 24 al 25 transcurre en medio de desesperados contraataques, penetrando por las calles de Brunete algunos carros, que son rechazados. Esta lucha se prolonga luego en el día de Santiago, en el que, desde la leve eminencia del cementerio de Brunete se hace imposible la vida a los ocupantes de Brunete.

Horas sin fin: ataques y contraataques. Hay que liquidar la resistencia del cementerio, apoderándose de él como sea. Pero la cosa no resulta nada fácil.

A las tres cuarenta y cinco minutos de la tarde se inicia una intensa preparación de artillería de quince minutos; cinco antes de las cuatro, los aviones lanzan sus bombas contra el pequeño objetivo. Y a las cuatro se inicia un ataque más.

De momento, este ataque es rechazado como los otros, pero de repente, y sin que nadie lo esperara, el sargento Juan Bejarano del Barco se lanza al frente de una sección del VI Tabor de Melilla sobre el castigado cementerio, con ímpetu tan incontenible que se hace con él, arrastrando al resto de su Tabor y el IV Batallón de Las Navas.

El momento crítico de la batalla de Brunete

En aquel instante aparece en el horizonte una formación de aviones nacionales que se dirigen a bombardear el campo santo, en la creencia de que se encuentra aún en poder del enemigo. Si arrojan sus bombas puede producirse una verdadera catástrofe. El momento es gravísimo.

Pero el correcto enlace entre las fuerzas de tierra y aire salva la situación. «Angustiosas llamadas telefónicas —escribió el teniente coronel López-Muñiz— ponen en comunicación los puestos de mando, y apremiantes mensajes por radio cruzan el espacio para advertir a nuestra

aviación el cambio que en la situación se ha producido. Sin duda, desde el aire descubren el avance de nuestras tropas y los aviones van a descargar sus bombas sobre los bosquecillos del Norte de Brunete.»

El instante crítico se salva así, y aun se supera. Porque tras bombardear los aviones el bosquecillo donde se apretujan los que han huido del cementerio y las fuerzas de la 14 División y de la 11, cae sobre el mismo el fuego concentrado de todas las baterías.

Ante el alud de fuego, los hombres se desmandan, no sirviendo para contenerlos ni el fuego de los propios carros, que salen a su encuentro, ni las patrullas de caballería que tratan de contenerles, reunirlos y hacerles volver sobre sus propios pasos.



El coronel Juan Bautista Sánchez, jefe de la IV Brigada de Navarra, en el puesto de mando del general Asensio, en el páramo de Brunete

Vicente Rojo pintó así este momento dramático: «La acción de la aviación enemiga había sido tan dura y eficaz que la tropa sufría en las primeras horas de la tarde una crisis de moral; las unidades que aún defendían el paso sobre el río Guadarrama y las que se relevaban en Brunete dejaban el frente completamente desguarnecido, replegándose algunas de ellas en franco desorden».

Sí: ese frente; todo el de Brunete, se ha hundido. Ya las noticias que se tienen a este res-

pecto no pueden ser más terminantes.

Nick Guillain, de las Brigadas Internacionales, ha escrito:

«Marchaba yo a poca velocidad, pues cruzaba a cada instante con convoyes de ambulancias que parecían llenas de heridos. En las zanjas, numerosos infantes se alineaban en una larga fila, sentados, el rostro ensombrecido, como si estuvieran allí a la fuerza. El calor era africano, el sudor corría por la cara formando pequeños surcos en el polvo en ella acumulado. Estaban casi todos descalzos, con un color terrible. Tenían el aire abatido y desalentado... Bajo el fuego, los milicianos hormiguan alocados; la mayor parte de ellos no había tomado la precaución de tenderse. Por eso, cuando la aviación se alejó, la carretera apareció sembrada de

ración de los últimos «quince minutos» decisivos.

En una mañana clara del invierno madrileño hemos recorrido los campos de Brunete, bajando desde las proximidades del vértice Santa Ana, donde Modesto tuvo su puesto de mando, por la cañada de los Montes del Duque. Los campos, ateridos, tienen ese inmenso silencio del frío.

Pasamos por Villanueva de la Cañada, donde aún quedan unos nidos de ametralladora de poderosa fábrica de hormigón, y buscamos el bosquecillo del Norte de Brunete; pero aquí empiezan nuestras sorpresas. Del bosquecillo sólo quedan dos o tres encinas solitarias, que se alzan sobre los eriales, destacando sobre un Brunete distinto. Queda, sí, el cementerio, con un monolito conmemorativo a las víctimas de la batalla, pero la silueta de la localidad no recuerda la antigua.

Todo pueblo español tiene como escudo heráldico auténtico, distinto y propio, la torre de su iglesia. La de Brunete era muy modesta, terminada en una media naranja vulgar, pero ahora la vemos rematada por un chapitel de pizarra, agudo y esbelto como una flecha dispuesta a dispersarse.

Dentro del pueblo el cambio es más sensible aún. Se han remozado las calles, pero la gran sorpresa nos la da la Plaza Mayor, porticada, con los edificios de noble apariencia pétreas.

Aquí, hacia el mediodía, los viejos, esos inevitables viejos de todos los pueblos españoles, toman el sol. Y más allá la chiquillería, igualmente inevitable, juega alborotada.

Hubiéramos querido remover las memorias, pero fracasamos. Todos los viejos con los que hablamos recuerdan los años de la guerra «en bloque», pero no los veinte días de la batalla, porque fueron evacuados a Madrid. Había, sí, un puesto de socorro, con unas señoritas, y unos soldados que cantaban de puro aburridos... Y apenas si pueden decirnos más.

Dentro de unos años estos viejos ya no estarán aquí. Y bien deseáramos que para entonces la batalla de Brunete fuese, si bien lección perdurable, papel seco de los archivos, tiempo definitivamente ido.

J.M.M.B.

cadáveres y de heridos y la ambulancia llameaba, expandiendo una espesa humareda.»

Después..., que es hoy

Sería inútil que Vicente Rojo ordenara: «Hay que llevar a las fuerzas la impresión de que hay que resistir a toda costa, de que todo intento de desbandada será sancionado con el mayor rigor». Sería inútil, porque la batalla de Brunete ha terminado, por supe-